

nada, y los hombres van errantes de un extremo á otro como si pudieran elegir. La acción de la sociedad ya no es acción, es un estremecimiento débil y violento al mismo tiempo, como la sacudida de la agonía. El desarrollo del espíritu humano se para y sus revoluciones empiezan. El río ya no fecundiza, engulle; la antorcha ya no alumbra, se consume. El pensamiento, la voluntad y la libertad, esas facultades divinas que concedió la Providencia á la asociación humana, ceden el puesto al orgullo, á la rebelión, al instinto individual. A la previsión social sucede la profunda ceguera animal, que no consigue conocer la proximidad de la muerte. Muy pronto la rebelión de los miembros acarrea el desgarramiento del cuerpo, al que seguirá la disolución del cadáver. La lucha de los intereses pasajeros reemplaza á la armonía de las creencias eternas. Algo del bruto, que se despierta en el hombre, fraterniza con su alma degradada, y abdica y renuncia al cielo y vejeta en un sitio inferior al que le marcó el destino. Entonces se deslindan dos campos en la nación. Entonces la sociedad solo es ya una obstinada confusión que pelea en una noche profunda, en la que no hay más luz que el centelleo de las espadas que chocan y las chispas de las armaduras que se rompen. En vano resplandecería el sol sobre seres tan desgraciados para hacerles conocer que son hermanos; encarnizados en su lucha sangrienta, no lo conocerían, porque les cegaría el polvo del combate.

Entonces, valiéndonos de la expresión solemne de Bossuet, diremos: *Un pueblo deja de ser un pueblo*. Los acontecimientos que se precipitan con rapidez siempre crecientemente se impregnan día por día de un carácter sombrío de providencia y de fatalismo, y el corto círculo de hombres sencillos que parecen fieles á las predicciones antiguas, estudian con terror los signos que se manifiestan en el cielo.

Creemos que nuestras vetustas monarquías no han llegado aun á ese extremo. Se cree aun en el alivio cuando el enfermo no ha rechazado al médico, y el ávido entusiasmo que despiertan los primeros cantos de poesía religiosa que ha oído este siglo, prueba que aun vive el alma en esta sociedad.

A fortalecer ese soplo divino, á reanimar esa llama celeste, tienden en la actualidad todos los espíritus verdaderamente superiores. Cada uno de ellos lleva

su chispa al foco común, y merced á su generosa actividad, el edificio social puede construirse rápidamente, como los palacios mágicos de los cuentos árabes, que una legión de géneos terminaban en una sola noche. Para eso meditan nuestros escritores y se inspiran nuestros poetas. Vemos elevarse por todas partes una generación tierna y seria, impregnada de recuerdos y de esperanzas; generación que reclama su porvenir á los pretendidos filósofos del último siglo, que querían que volvieran á empezar su pasado; esa generación es pura y por consiguiente indulgente para los antiguos y descarados culpables que se atreven á pedir que les admire; pero aunque ella perdona á los criminales, siente horror hácia el crimen. No quiere basar su existencia sobre el abismo, sobre el ateísmo y sobre la anarquía; repugna la herencia de muerte con que la revolución la persigue y vuelve los ojos hácia la religión, porque la juventud jamás renuncia voluntariamente á la vida, y por eso exige del poeta más que ha dado á las generaciones antiguas. En cambio de las leyes que dá al pueblo le pide creencias.

Uno de los escritores que han contribuido más poderosamente á despertar entre nosotros los deseos de emociones religiosas es, sin contradicción alguna, el abate Francisco de Lamennais. Habiendo llegado desde sus primeros pasos á la cumbre de la ilustración literaria, este venerable sacerdote parece que solo haya encontrado al paso la gloria humana y que vaya más lejos y más arriba. La aparición de su *Ensayo sobre la indiferencia* formará época en este siglo. Debe encerrarse un extraño misterio en este libro, que nadie puede leer sin que su corazón lata de esperanza ó de temor, como si encerrase alguna alta revelación de nuestro destino. El citado escritor, que es sucesivamente majestuoso y apasionado, sencillo y magnífico, grave y vehemente, profundo y sublime, se dirige al corazón por medio de la ternura, al espíritu por medio del artificio y al alma por medio del entusiasmo. Alumbrado como Pascal, incendia como Rousseau y centellea como Bossuet. Su pensamiento deja siempre en todos los espíritus la huella de su paso y abate á los que no eleva, consuela ó desespera; marchita lo que no puede fructificar. No es posible tener idea fija de esta obra; hay que atacarla como enemiga ó defenderla como salvadora. Es suceso

extraño que este libro sea una necesidad de nuestra época y que la moda haya contribuido en gran parte al éxito que ha alcanzado. Sin duda es la primera vez que la moda ha abrazado el partido de la eternidad. Mientras este libro se leía con avidez, se han dirigido al autor multitud de reproches que cada lector en particular debiera haber dirigido á su propia conciencia. Todos los vicios que el autor desea desterrar del corazón humano han empezado á vociferar, como los mercaderes arrojados del templo. Se ha temido que quedase vacía el alma si se expulsaban de ella las pasiones: hemos oído decir que ese libro austero entristecía la vida, que ese sacerdote taciturno arrancaba las flores del jardín de la existencia. Estamos acordados, pero las flores que arranca son las que ocultan el abismo.

Esta obra ha producido además otro fenómeno, chocante en la actualidad; ha producido la discusión pública de una cuestión de teología, y lo más extraño y que hay que atribuir al interés extraordinario del *Ensayo sobre la indiferencia*, es que ha hecho desaparecer por un momento la frivolidad de los hombres de mundo y la preocupación de los hombres de Estado ante un debate escolástico y religioso. Creyóse ver durante un momento que renacía la Sorbona entre las dos Cámaras.

M. de Lamennais, ayudado en su tarea por fuerzas quizás sobrehumanas, ha acostumbrado á sus lectores á que vean que lleva, sin perder el aliento, desde el principio hasta el fin de su inmensa composición, la carga de una idea fundamental, vasta y única. En toda la obra se revela que está poseído de una gran idea, que desarrolla extensamente, la ilumina en todos sus detalles, la explica en todos sus misterios y la critica en todos sus resultados. Se remonta á todas las causas como descende á todas las consecuencias.

Uno de los beneficios que producen esa clase de obras consiste en que hacen repugnante todo lo que han escrito irrisorio é irónico los jefes de la secta incrédula. Cuando se ha ascendido á tales alturas, ya no se puede volver á descender á sitios bajos. Desde que se respira el aire y se vé la luz, nadie quiere volver á las tinieblas ni al vacío. Apodérase de nosotros inexplicable compasión al ver á los hombres agotar el soplo de un día en forjar ó en extinguir á Dios, y estamos tentados de creer que el ateo es un sér aparte, or-

ganizado á su manera, y que tiene razón para reclamar su sitio entre los irracionales, porque no se concibe esa rebelión de la inteligencia contra la inteligencia. Además, ¿no es una sociedad extraña la de esos individuos, que cada uno tiene un creador para su creación, una fé según su criterio, y que disponen de la eternidad mientras el tiempo concluye con su vida? El alma del cristiano, semejante á la llama que atormentan inútilmente los caprichos del aire, se eleva sin cesar hácia el cielo.

Los que embriagan en las naciones con tantos venenos el verdadero alimento de vida y de inteligencia, han de tener mucha confianza en la santidad de sus recursos. Tarde ó temprano, desengañados los pueblos, se amontonan á su alrededor y les dicen como Juan á Jesús: *¿Ad quem ibimus? verba vitæ æterna habes.* ¿Con quién hemos de ir? Contigo, que nos hablas de la vida eterna.

SOBRE LORD BYRON

con motivo de su muerte.

Estamos en Junio de 1824 y lord Byron acaba de morir.

Se nos pregunta lo que pensamos de él y de su muerte. ¿Pero qué vale nuestra opinión? ¿Para qué escribirla, si no se supone que hemos de decir palabras dignas de ser anotadas, hablando de tan gran poeta y ocupándonos de tan gran acontecimiento? Si damos crédito á las ingeniosas fábulas del Oriente, toda lágrima que cae en el mar se convierte en perla.

Para nuestra existencia peculiar, que debemos á la afición á las letras, y en la región apacible á que nos ha transportado el amor á la independencia y á la poesía, la muerte de lord Byron nos ha herido hasta cierto punto como una calamidad doméstica. Ha sido para nosotros una de esas desgracias que nos tocan de cerca. El hombre que consagra su vida al culto de las letras, siente el círculo de su vida física estrecharse á su alrededor al mismo tiempo que vé agrandarse la esfera de su existencia intelectual. Escaso número de seres queridos comparten la ternura de su corazón, mientras que todos los poetas muertos y contemporáneos, extranjeros y compatriotas, se apoderan de las afecciones de su alma. La naturaleza le dió una fami-

lia, pero la poesía le crea otra. Sus simpatías, que muy pocos seres despiertan á su alrededor, van á buscar al través del torbellino de las relaciones sociales, más allá de los tiempos, más allá de los espacios, á algunos hombres que comprende y que cree dignos de que le comprendan. Mientras que, en la rotacion monótona de las costumbres y de los negocios, la multitud de los indiferentes pasa por su lado sin llamar su atencion, establece entre él y los hombres que su inclinacion ha elegido íntimos afectos y comunicaciones, por decirlo así, eléctricas. Cariñosa comunidad de pensamientos liga con lazo invisible é indisoluble á esos seres privilegiados, que viven solitarios; de modo que cuando por casualidad se encuentran, bástales una mirada para revelarse uno á otro, una palabra para penetrarse mutuamente en el fondo del alma y reconocer el equilibrio, y al poco tiempo, esos dos extranjeros parece que sean hermanos, amamantados con la misma leche; parecen dos amigos que ha sumido un mismo infortunio.

Séanos permitido decir, y glorificarnos de ello, que una simpatía de esta clase sentíamos hácia lord Byron. No era la atraccion que el génio inspira al génio; era un sentimiento sincero de admiracion, de entusiasmo y de gratitud; porque se debe gratitud á los hombres cuyas obras y cuyas acciones hacen latir noblemente el corazon. Cuando nos anunciaron la muerte de ese poeta, nos pareció que nos arrancaban parte de nuestro porvenir. Con la amargura de que es susceptible nuestro corazon renunciamos á la esperanza de entablar con lord Byron una de esas amistades poéticas que nos complacemos en mantener con la mayoría de los principales ingenios de nuestra época, y le dirigimos este sentido verso, con que un poeta de su escuela saludaba á la sombra generosa de Andrés Chenier:

Adieu donc, jeune ami que je n'ai pas connu.

Y ya que se nos ha escapado una frase sobre la escuela particular de lord Byron, será oportuno aquí examinar el sitio que ocupa en el conjunto de la literatura actual, á la que atacan como si pudiera ser vencida y á la que calumnian como si pudiera ser condenada. Talentos equivocados, pero hábiles para sacar de quicio todas las cuestiones, tratan de acreditar entre nosotros un error singular. Se han imaginado que representan la sociedad actual de Francia dos literaturas enteramente contrarias, lo

que equivale á decir que el mismo árbol dá dos frutos diferentes y contrarios, y que la misma causa produce simultáneamente dos efectos incompatibles. Estos enemigos de las innovaciones ni siquiera se aperciben de que de este modo crean una lógica enteramente nueva, y siguen tratando á la literatura que llaman clásica como si viviera todavía y á la que llaman romántica como si estuviese próxima á morir. Esos doctos retóricos, que se proponen cambiar lo que existe con lo que no existe, nos recuerdan al Rolando loco del Ariosto, que suplica gravemente á un transeunte que acepte un jumento muerto en cambio de un caballo vivo. Pero Rolando conviene en que está muerto el jumento y que ese es el único defecto que tiene; los Rolandos del pretendido género clásico no confiesan la verdad ni obran de tan buena fé. Será, pues, preciso arrancarles lo que no quieren conceder y declararles que no existe en la actualidad más que una literatura, como no existe más que una sociedad; que las literaturas anteriores, despues de dejarnos monumentos inmortales, se ven obligadas á desaparecer con las generaciones cuyas costumbres sociales y cuyas situaciones políticas pintaron. El génio de nuestra época puede ser tan bello como el de las épocas más ilustres, pero no puede ser el mismo; no depende de los escritores contemporáneos resucitar una literatura pasada, como no depende del jardinero hacer que reverdezcan las hojas del otoño en las ramas de la primavera.

Hay que convencerse de que es vana tarea que un corto número de espíritus limitados traten de hacer retroceder las ideas generales hácia el pernicioso sistema literario del siglo anterior. Aquel terreno, naturalmente árido, hace mucho tiempo que es improductivo. Por otra parte, es imposible hacer que revivan los madrigales de Dorat despues de las guillotinas de Robespierre y resucitar á Voltaire en el siglo de Bonaparte. La literatura real de nuestra edad, que proscribió á los autores á la manera de Aristides; que repudian todas las plumas, pero que adoptan todas las liras; que persiguen calculadamente, vé que á su pesar se abren todos los talentos en su esfera tempestuosa, como las flores que solo medran en los sitios que azota el Aquilón. La literatura que reprueban los que deciden sin meditar y que defienden los que piensan con el alma, juzgan con el espíritu y sienten con el corazon, esa li-

teratura no puede tener el aspecto blando y descarado de la musa que cantó al cardenal Dubois, que halagó á la Pompadour y ultrajó á Juana de Arco. Esta literatura no interroga al crisol del ateo ni al escalpelo del materialista; esta literatura no pide prestado al excéptico la balanza de plomo, á la que basta el interés para romper el equilibrio; no entona en las orgías cantos que excitan al degüello; no conoce ni la adulacion ni la injuria; no se presta á las seducciones de la mentira; no roba el encanto á las ilusiones. Permaneciendo extraña á todo lo que no constituye su fin, bebe la poesía en la fuente de la verdad y fecundiza su imaginacion con las creencias. Sigue los progresos del tiempo, pero con paso grave y mesurado. Su carácter es sério y su voz melodiosa y sonora; es, en una palabra, como debe ser el pensamiento comun de una gran nacion despues de haber atravesado grandes calamidades; triste, altiva y religiosa. Esta literatura, sin embargo, como todas las cosas humanas, presenta en su misma unidad su lado sombrío y su lado consolador. En su seno se han formado dos escuelas, que representan la doble situacion en que las desdichas políticas han sumido respectivamente á los espíritus; la de la resignacion y la de la desesperacion. Las dos escuelas reconocen lo que negó la filosofía burlona; la eternidad de Dios, la inmortalidad del alma, las verdades primordiales y las verdades reveladas; pero la primera para adorar y la segunda para maldecir. Aquello lo vé todo desde las regiones celestes, ésta desde los profundos infiernos; aquella coloca sobre la cuna del hombre un ángel y le vé cernerse sobre su lecho de muerte, y ésta, siempre triste y soñadora, esparce sobre las imágenes más risueñas un resplandor infernal. Una, en fin, se asemeja á Emanuel, cariñoso y fuerte, recorriendo su reino en un carro lleno de rayos y de luz, y la otra se asemeja al soberbio Satanás, que tantas estrellas arrastró en su caída al ser precipitado desde el cielo hasta la tierra. Esas dos escuelas gemelas, fundadas en una misma base y nacidas, por decirlo así, en la misma cuna, están representadas especialmente en la literatura europea por dos génios ilustres; por Chateaubriand y por Byron.

Al vernos libres de nuestras prodigiosas revoluciones, dos órdenes políticos luchaban en el mismo terreno. Acababa de derrumbarse la sociedad vetusta y empezaba á reedificarse la sociedad nue-

va: aquí se veían ruinas y allá bosquejos; lord Byron, en sus fúnebres lamentos, ha expresado las postreras convulsiones de la sociedad agonizante, y el vizconde de Chateaubriand, con sus inspiraciones sublimes, satisfizo las primeras necesidades de la sociedad reanimada. La voz de uno es como el canto del cisne cuando vá á morir; la voz del otro es como el canto del fénix al renacer de sus cenizas.

Por la tristeza de su génio, por el orgullo de su carácter, por las tempestades de su vida, lord Byron es el tipo del género de poesía que cantó. Todas sus obras llevan el sello profundo de su individualidad. Aparece en todas ellas una figura sombría y altiva, que el lector vé pasar ante sus ojos como á través de un crespon negro. Divagando algunas veces, como todos los pensadores profundos, en el vacío y en la oscuridad, dice frases que sondan completamente el alma y sabe exhalar suspiros que revelan toda una existencia. Parece que se entreabra su corazon á cada idea que escribe, como un volcán vomitando rayos. Los dolores, las alegrías, las pasiones no tienen misterios para él, y si presenta los objetos reales al través de un velo, presenta desnudas las regiones ideales. Puede reprochársele que desdeña en absoluto guardar el orden en sus poemas; lo que es un defecto grave, porque un poema que carece de orden es como un edificio sin armazon, ó es como un cuadro sin perspectiva. Lleva demasiado lejos el lírico desprecio á las transiciones, y deseáramos muchas veces que ese fiel pintor de nuestras emociones interiores lanzase sobre sus descripciones físicas claridades menos fantásticas y tintas menos vaporosas. Su génio se parece mucho al *touriste* que vaga sin direccion fija, que sueña mientras vá andando, y que, absorbido por una intuicion profunda, conserva solo idea confusa de los sitios que ha recorrido. A pesar de esto, y hasta en sus obras más defectuosas, su caprichosa imaginacion vuela hasta alturas á las que no se puede llegar sin alas. El águila, aunque fije sus ojos en tierra, no por eso pierde la mirada sublime cuyo alcance llega hasta el sol. Han pretendido algunos que el autor de *Don Juan* pertenecía, por una de las tendencias de su espíritu, á la escuela del autor de *Cándido*. Están en un error: media profunda diferencia entre la risa de Byron y la risa de Voltaire. Voltaire no habia padecido.

Ahora seria ocasion de entrar en algu-

nos detalles de la tormentosa vida del noble poeta; pero como estamos inciertos respecto á las causas reales que provocaron las desdichas domésticas que agriaron su carácter, preferimos pasarlos en silencio, temerosos de que se extravíe nuestra pluma involuntariamente. Solo conocemos á lord Byron por sus poemas, y nos halaga suponer su existencia en consonancia con su alma y con su génio. Como todos los hombres superiores, fué víctima de la calumnia, y á ésta atribuímos los rumores injuriosos que tanto tiempo fueron unidos al ilustre nombre del poeta. Por otra parte, aquella á la que sus ofensas ofendieron sin duda, habrá sido la primera en olvidarlas al pié de la tumba del poeta. Creemos que le perdonaria, porque somos de los que opinan que el ódio y la venganza concluyen ante el sepulcro.

Nosotros le perdonamos también sus faltas, sus errores y hasta las obras en que descendió de la doble altura de su carácter y de su talento; se lo perdonamos todo por haber muerto noblemente, por su artística caída. Murió como un bélico representante de la musa moderna en la pátria de las musas antiguas. Fué generoso auxiliar de la gloria, de la religion y de la libertad; puso su espada y su lira al servicio de los descendientes de los primeros guerreros y de los primeros poetas, y el peso de sus laureles empezaba á inclinar la balanza en favor de los desdichados helenos. Particularmente nosotros le debemos profundo reconocimiento. Probó á la Europa que los poetas de la escuela nueva, aunque no adoren á los dioses de la Grecia pagana, admiran siempre á sus héroes, y que, si han abandonado el Olimpo, no se han despedido de las Termópilas.

La muerte de Byron se ha sabido en todo el continente y se ha significado con marcadas muestras de dolor universal. El cañon de los griegos saludó durante mucho tiempo sus restos mortales, y el duelo nacional consideró la pérdida de ese extranjero como una calamidad pública. Las orgullosas puertas de Westminster se han abierto involuntariamente para que la tumba del poeta honrara el sepulcro de los reyes. ¿Nos atreveremos á decirlo? En medio de las gloriosas muestras de la aficcion general, tratamos de ver qué testimonio solemne de entusiasmo tributaba Paris á la sombra heroica de lord Byron, y nos encontramos con que el símbolo de la locura insultaba

su lira y un mísero tablado ultrajaba su ataúd (1).

IDEAS AL ACASO

Julio, 1824.

I.

Es preciso que todos se acostumbren á saber que se ha verificado una revolucion en las artes. Empezó por la poesía, continuó por la música, sigue por la pintura y no tardará mucho en llegar hasta la escultura y la arquitectura, que murieron hace mucho tiempo, como mueren siempre las artes, en plena academia. Por otra parte, esta revolucion solo consiste en el retorno universal hácia la naturaleza y hácia la verdad; esta revolucion estirpa el falso gusto que hace cerca de tres siglos, sustituyendo constantemente las convenciones de escuela á las realidades, ha viciado muchos génios notables. La nueva generacion ha desechado los andrajos clásicos, la peluca filosófica y el oropel mitológico. Se viste con ropa viril, se desembaraza de las preocupaciones y estudia la tradicion.

Es risible oír disertar sobre el cambio que ha traído el curso de los acontecimientos á la turba innumerable de espíritus falsos, de insignificantes doctores, de pedantes y de críticos superficiales, dispuestos á hablar de todo, porque no saben de nada. Todos ellos creen que á fuerza de lanzar gritos y anatemas, que á fuerza de manifestar su cólera, llegarán á destruir ó á modificar, segun sus deseos, el órden de ideas que resulta necesariamente de la marcha del progreso. No comprenden que, así como una tempestad cambia el estado de la atmósfera, una revolucion cambia el estado de la sociedad, y se les vé hacer esfuerzos inútiles para contrabalancear la literatura y las artes que nacieron de dicha revolucion.

No le debe importar á la generacion nueva que críticos, con fama ó sin ella, afirmen con grotesca seguridad que el arte está entre nosotros en plena decadencia. Recuerde la nueva generacion

(1) A poco de recibirse la noticia de la muerte de lord Byron se representaba en un teatro del boulevard una bufonada de mal tono y de peor gusto, en la que la personalidad del noble poeta aparecía en escena con el ridículo nombre de *Lord Tres Estrellas*.

que la Academia condenó á *El Cid*; que Morellet y Hoffman criticaron sañudamente al autor del *Génio del Cristianismo*; que la *Revista de Edimburgo* envió á la escuela á lord Byron.

Es preciso que la medianía pese sobre los talentos nacientes, que no ahogará por eso. No deja de ser espectáculo divertido ver que critica á un hombre de génio un ateneista ó un gacetillero.

II.

La expresion del amor, en los poetas de la escuela antigua, á cualquier nacion y á cualquier época que pertenezcan, carece generalmente de castidad y de pudor. Esta observacion, que parece poco importante á primera vista, se presta, sin embargo, á altas consideraciones. Si la examinamos concienzudamente, encontraremos en el fondo de esta cuestion á las sociedades paganas y á los cultos idólatras. La ausencia de la castidad en el amor es quizá el signo característico de las civilizaciones y de las literaturas que no purificó el cristianismo. Sin ocuparnos de las poesías monstruosas en las que Anacreonte, Horacio y hasta Virgilio inmortalizaron infames disoluciones y vergonzosos hábitos, nos referiremos á los cantos eróticos de los poetas paganos antiguos y modernos, de Cátulo, de Tibulo, de Bertin, de Bernis y de Parney, que no nos ofrecen ni la delicadeza, ni la modestia, ni el rubor, sin los que el amor no es más que un instinto, un apetito carnal. Verdad es que el amor en esos poetas es tan sutil como grosero; es difícil expresar más ingeniosamente lo que sienten los brutos, y sin duda por que haya diferencia entre sus amores y el de los irracionales, esos hombres galantes escribieron elegías. Llegaron hasta convertir en ciencia lo que es natural y espontáneo; Ovidio enseñó el *Arte de amar* á los paganos del siglo de Augusto y Bernard á los paganos del siglo de Voltaire.

Fijándose mucho se vé que hay alguna diferencia entre los primeros y los últimos artistas del amor. Más ó menos claro, gastan el mismo bermellon. Todos cantan la voluptuosidad material. Pero los poetas paganos, griegos y romanos parecen con frecuencia señores que mandan á sus esclavas, mientras que los poetas paganos franceses son siempre esclavos que solicitan tener señoras. Esta distincion encierra el secreto de las dos civilizaciones diferentes. Las

sociedades civilizadas, pero idólatras, de Roma y de Atenas desconocian la celeste dignidad de la mujer, que más tarde reveló á los hombres Dios, que quiso nacer de una hija de Eva; por eso el amor en esos pueblos, en los que solo se dirigia á las esclavas ó á las cortesanas, tenia algo de imperioso y de despreciativo. Por el contrario, en la civilizacion cristiana todo tiende á ennoblecir al sexo bello y débil, y el Evangelio parece haber elevado á las mujeres á un alto rango, con la idea de que empujen á los hombres á alcanzar la perfeccion social posible. Ellas crearon la caballería, y al desaparecer esa institucion maravillosa de las monarquías modernas, las ha dejado sin honor, que era su alma; el honor, ese instinto de la naturaleza que es al mismo tiempo una institucion de la sociedad, que es el único poder que obliga á los franceses á soportar pacientemente la tiranía; el honor, ese sentimiento misterioso que desconocieron los antiguos, y que es á la par más y menos que la virtud. Hasta en la actualidad ignoran lo que es el honor los pueblos que no conocen el Evangelio y los pueblos en que es nula la influencia moral de las mujeres. En nuestra civilizacion, si las leyes conceden el primer sitio al hombre, el honor dá el primer rango á la mujer. El equilibrio de las sociedades cristianas consiste en esto.

III.

No sé por qué extraña manía se pretende en la actualidad que el génio no admite á otro génio; no sé por qué se burlan del entusiasmo que el canto de un poeta inspira á otro poeta; no sé por qué se pretende que los que tienen talento solo sean juzgados por los que no lo tienen. Parece que desde el siglo anterior solo estemos acostumbrados á tener envidias literarias. Nuestra envidiosa edad se mofa de la fraternidad poética, que es tan grata y tan noble entre rivales; ha olvidado el ejemplo de las antiguas amistades que se estrechaban en la gloria, y es capaz de acoger con risa desdenosa la alocucion conmovedora que Horacio dirigió al bajel de Virgilio.

IV.

Las composiciones poéticas son el resultado de dos fenómenos intelectuales: de la meditacion y de la inspiracion. La

meditación es una facultad, y la inspiración es un dón. Todos los hombres pueden meditar, hasta cierto grado, pero pocos son inspirados. *Spiritus flat ubi vult*. En la meditación, el espíritu obra; en la inspiración, obedece; porque la primera radica en el hombre, mientras que la segunda proviene de más alto. El que nos trasmite esta fuerza es más fuerte que nosotros. Estas dos operaciones del pensamiento se ligan íntimamente en el alma del poeta. El poeta invoca la inspiración por medio de la meditación, como los profetas se elevan hasta el éxtasis por medio de la plegaria. Para que la musa se le revele es preciso que hasta cierto punto se haya desprendido de la existencia material, en el reposo, en el silencio y en el recogimiento. Debe aislarse de la vida exterior, para gozar plenamente de la vida interior, que desarrolla en él como un sér nuevo; y solo cuando el mundo físico desaparece ante su vista es cuando se le manifiesta el mundo ideal, como si la exaltación poética fuese demasiado sublime para la naturaleza común del hombre. El génio no produciría, si antes el alma no se hubiera purificado de todas las preocupaciones vulgares que la arrastran por el camino de la vida, porque el pensamiento no puede adquirir las alas sin haberse desprendido de aquel peso. Por eso sin duda la meditación precede siempre á la inspiración. Entre los judíos, en ese pueblo cuya historia es tan fecunda en símbolos misteriosos, cuando el sacerdote había edificado el altar y encendía en él el fuego terrestre, era cuando el rayo divino descendía á él desde el cielo.

Si nos acostumbráramos á considerar las composiciones literarias bajo este punto de vista, la crítica tomaría probablemente otra dirección; porque si es cierto que el verdadero poeta es dueño de elegir sus meditaciones, no lo es de elegir la naturaleza de sus inspiraciones. Su génio, que ha recibido, pero que no ha conquistado, le domina con frecuencia; y sería singular y quizás exacto decir que hay veces que el hombre es extraño á lo que como poeta ha escrito. Esta idea quizás parezca paradójica á primera vista, pero no lo es.

Felices los que tienen en el pensamiento el doble poder de la meditación y de la inspiración, que es lo que constituye el génio. Cualquiera que sea su siglo y su país, ya nazcan en el seno de calamidades domésticas, ya en tiempo de revoluciones, ó, lo que es más deplorable

aun, en épocas de indiferencia, deben tener confianza en el porvenir, porque si el presente pertenece á los demás, el porvenir será de ellos. Gozarán del privilegio de los séres selectos. El día determinado alcanzarán la gloria.

V.

Si alguna composición literaria lleva profundamente impreso el sello indeleble de la meditación y de la inspiración, esta obra es el *Paraíso perdido*. La magnífica obra de Milton presenta una idea moral, que participa á la vez de las dos naturalezas del hombre; una lección terrible escrita en versos sublimes; una de las más altas verdades de la religión y de la filosofía desarrollada en una de las más bellas ficciones poéticas; la escala entera de la creación, recorrida desde el escalón más alto hasta el más bajo; una acción que empieza en Jesús y termina en Satanás; Eva arrastrada por la curiosidad, por la compasión y por la imprudencia hasta su perdición; la primera mujer en contacto con el demonio. El *Paraíso perdido* es un drama sencillo é inmenso, en el que sus resortes son los sentimientos; es un cuadro mágico, en el que se suceden gradualmente las tintas luminosas á las tintas oscuras; es un poema singular, que encanta y que aterra.

VI.

Cuando para que choquen los defectos de una tragedia es preciso haber leído la historia y conocer las reglas, la mayoría de los espectadores no se aperciben de ellos, porque el público, por regla general, solo sabe sentir; por eso casi siempre la multitud juzga bien. Porque verdaderamente no hay motivo para encontrar que sea un defecto grave que un autor trágico trastoque algunas veces la historia. Como no se abuse de esta licencia, nada importa que falte á la verdad histórica, con tal de que no falte á la verdad moral. Deseo que no se diga de la historia lo que se dice de la *Poética* de Aristóteles: Que *consigue que se escriban malas tragedias*. Sed pintores fieles de la naturaleza y de los caracteres y no copistas viles de la historia: para mí es preferible en el teatro que los hombres sean verdaderos á que lo sean los hechos.

VII.

Cuando se sigue atentamente siglo tras siglo, en los fastos de Francia, la historia de las artes, tan íntimamente ligada á la historia política de los pueblos, al llegar hasta nuestra época, nos llama la atención un fenómeno singular. Despues de haber encontrado en los vidrios de las maravillosas catedrales de la Edad Media el reflejo de la época de la feudalidad, de las Cruzadas y de la caballería, época que no ha dejado en la memoria de los hombres ni en la faz de la tierra vestigio alguno que no sea monumental, llegamos al reinado de Francisco I, llamado con aturdimiento *era del renacimiento de las artes*. Se vé claro el hilo que liga dicho siglo ingenioso con la Edad Media. Aparecen en él ya, con menos pureza y sin su originalidad propia, las formas griegas, pero siempre con la imaginación gótica. La poesía, ingénua aun en Marot, ha cesado, sin embargo, de ser popular para llegar á ser mitológica. Se conoce que hemos cambiado de camino. Los estudios clásicos han estropeado el gusto nacional. En el reinado de Luis XIII la degeneración es ya sensible, y se experimentan las consecuencias del mal sistema que siguen las artes. No brillan ya Juan Goujon, Juan Cousin, ni German Pilon, y los tipos viciosos que el génio de esos artistas notables corregía con tanta gracia y elegancia, llegan á ser pesados y bastardos en manos de sus copistas. A semejante decadencia se une el falso gusto florentino, que connaturalizaron en Francia los Médicis. Todo se realza en la época brillante de Luis XIV, pero nada se endereza. Por el contrario, el principio de imitar á los antiguos llega á ser una ley imprescindible para las artes, y las artes permanecen siendo frias, porque son falsas. Es preciso confesar que aunque el génio de ese siglo ilustre es imponente, es incompleto; su riqueza consiste en la pompa y su grandeza en la majestad.

En el reinado de Luis XV los gérmenes han dado fruto. Las artes como las había imaginado Aristóteles llegan á su decrepitud, como la monarquía con Richelieu. La nobleza ficticia que consiguió imprimirlas Luis XIV muere con él. El espíritu filosófico acaba de madurar la obra clásica, y en esa época de liviandades, las artes son también otra liviandad. Arquitectura, escultura, pin-

tura, poesía y música, salvo poquísimas excepciones, son deformes. Fué aquel un siglo innoble cuando no era ridículo; ridículo cuando no era repugnante; que empezó por la taberna y que terminó por la guillotina, que concluía sus fiestas con matanzas y sus danzas por la carnañola, y que merece colocarse entre el caos y la nada.

El siglo de Luis XIV es un ceremonial de corte que reglamenta la etiqueta; el siglo de Luis XV es una orgía de taberna, en el que la demencia se empareja con el vicio. Sin embargo, por diferentes que parezcan estos dos reinados á primera vista, existe conexión íntima entre esas dos épocas. De la solemnidad del aparato quitada la etiqueta y os resultará el barullo; del reinado de Luis XIV quitada la dignidad y os resultará el reinado de Luis XV.

Felizmente, y á esto queríamos venir á parar, no encadena el mismo lazo el siglo diez y nueve al siglo diez y ocho. Cuando comparamos nuestra época, tan austera, tan contemplativa y tan fecunda en acontecimientos prodigiosos, con los tres siglos que la han precedido y sobre todo con su próximo inmediato, apenas podemos explicarnos cómo ha venido tras él; y comparando sus dos historias, la nuestra parece un libro sin compañero. Nos dan tentaciones de creer que Dios se ha equivocado de siglo en la distribución alternativa de los tiempos. No es posible discutir la transición de un siglo á otro, porque efectivamente no existe. Entre Federico y Bonaparte, entre Voltaire y Byron, entre Vanloo y Gericault, entre Boucher y Charlet, media el abismo de la revolución.

FRAGMENTO DE HISTORIA

1827.

Creemos que ofrecería un cuadro grandioso y de gran novedad el que tratase de desarrollar ante nuestros ojos la historia entera de la civilización. Podría presentárnosla propagándose gradualmente de siglo en siglo por el globo é invadiendo paulatinamente todas las partes del mundo. La veríamos nacer en el Asia, en la India central y misteriosa, donde la tradición de los pueblos ha colocado el paraíso terrenal. Como el día, la civilización tiene su aurora en el Oriente: poco á poco se despierta y se extiende por su antigua cuna asiática. Con